

Los belgas se dividieron en varios grupos y entonaron el canto de su patria. Nuestros músicos repetían el Himno Nacional.

Desde temprano los aposentadores habían preparado la comida para sus soldados. Linarte y Bocarmé presidieron sus respectivos banquetes, y el último obsequió á los nuestros con abundante cerveza que había llevado desde Morelia.

Sonó la hora de la despedida: los saludos cordiales se cambiaron de nuevo, y ambas fuerzas se pusieron en marcha.

La tarde, como lo son generalmente las de Diciembre en nuestro clima, estaba esplendorosa y tranquila; transparente y perfumado el aire; de azul pálido la bóveda del cielo, y como cubiertas de una gasa cerúlea las montañas que rodean el extenso llano de Coapan: á lo lejos se veía erguida la blanca iglesia de Undameo, y humildemente reclinado al pie del cerro del Aguila, el ruinoso Tiripitío, en otro tiempo vasta ciudad, rica y feliz.

Nuestros soldados desaparecieron entre los oscuros pinares del camino de Tacámbaro.

Al día siguiente, en la *Mesa*, preciosa colina que se levanta hacia el Norte de Tacámbaro, notábase un movimiento inusitado. El vecindario en masa había salido á encontrar á los prisioneros. De cuando en cuando se oían gritos de *¡ya vienen, ya vienen!*

Por fin, al avistarse la fuerza, todos prorrumpieron en vivas á México, al Ejército del Centro, y al digno jefe que había llevado á feliz término el deseado canje.

Los espectadores iban saludando á sus conocidos entre los prisioneros. Se oían distintas voces:

—Ese es el coronel Hernández, anciano patriota que abandonó sus talleres de Toluca para venir á luchar por la patria.

—Aquél es el coronel José María Pérez Milicua, tipo de la lealtad y del patriotismo, un valiente veracruzano.

—Allí viene Rosendo Márquez, el audaz jefe de exploradores que pregunta sorprendido cómo es el miedo.

—Mira, mira á Villada, el apuesto oficial á quien han ceñido su banda de coronel tantos gloriosos combates.

—Y Luis Carrillo, y Borda, denodados jefes, que en el asalto se disputan el lugar del peligro.

—Pancho Ramírez y J. Guadalupe Caldelas, los amigos caballerosos, esos subalternos hoy, que mañana serán distinguidos jefes, por su valor y su instrucción.

—Miren, ese ha de ser el general Canto, antiguo oficial del Batallón de Matamoros de Morelia: peleó contra los americanos en 1847, contra los *mochos* en la revolución de Jalisco, en la de Ayutla y en la guerra de tres años.

Así se oían por todas partes los nombres de los prisioneros: ya en la ciudad, las avenidas del tránsito estaban adornadas con banderas tricolores; las ventanas llenas de señoras y las calles henchidas de toda clase de gente. Se oían los repiques, las músicas, los estallidos de los cohetes.

El general recibió á sus hermanos de armas con los brazos abiertos. A través de los espejuelos de sus anteojos se echaba de ver que había en su mirada la luz de la satisfacción.

Pocos días después llegó á Tacámbaro el general D. Santiago Tapia, para dar personalmente las gracias al general Riva Palacio. En seguida marchó á la frontera, en donde una temprana muerte le sorprendió, privando á la patria de sus importantes servicios. En cuanto al general Ramírez, sus enfermedades le impidieron marchar á Michoacán: pasados algunos meses del canje, se incorporó al Ejército de Oriente en las tropas que hacían la campaña en el Norte de Puebla, hallándose en la toma de aquella plaza en el glorioso 2 de Abril de 1867.

Tal es la historia del canje de Acuitzio, de ese importante acontecimiento en la campaña de Michoacán, que fué un timbre de decoro para la Nación.

CAPITULO XXXIV.

(1866)

Situación moral del Estado al principiar el año de 1866.—Un recuerdo del coronel Arandía.—El comandante Braulio Sánchez.—Vuelve D. Antonio Huerta al campo liberal.—Pérez Hernández.—Expedición de Méndez.—Invasión á Tacámbaro.—Desastre.—Un certificado de defunción.—Fusilamiento de Solache y sus compañeros.—Otros nueve republicanos fusilados en Ario.—Patriotismo de las michoacanas.—Huetamo.—El coronel Valdés.—Una revista de héroes.—Lalanne y Manuel Alas.—Noticia funesta.—Una sorpresa.—Regreso á Tacámbaro.—La expedición del general Régules.—Batalla de la Palma.—Nuevos generales de división.

Al comenzar el año de 1866, la extensa línea ocupada por los republicanos desde Coacomán hasta Zitácuaro disfrutaba de una tranquilidad relativa, y tanto allí como en el resto del Estado, la opinión pública se había puesto del todo en favor de la causa nacional. Mucho había influido para llegar á este resultado una circular que se llevó á su debido cumplimiento; mediante la cual, las guerrillas autorizadas dependían directamente del Cuartel General, y los jefes de las líneas debían refundir en su fuerza las partidas sueltas. La moral del ejército jamás había estado tan levantada, porque Riva Palacio había inspirado confianza con sus acertadas disposiciones y su prodigiosa actividad. Hasta los más intrigantes confesaban que el general sabía de política. "Con él dirigiendo y Régules ejecutando, todo marchará bien," decían, y este modo de pensar era el de muchos. El coronel Ronda, aquel soldado tan circunspecto, tan parco en sus palabras, decía con este motivo á Riva Palacio, en carta fecha 7 de aquellos meses: "Muy complacido estoy por los trabajos que vd. con tan-

ta asiduidad ha emprendido en favor del Estado y de la causa; y en premio de estas fatigas, contará vd. con el reconocimiento de los michoacanos y con la abnegación de todos sus colaboradores."

En efecto, durante el corto tiempo en que Riva Palacio estuvo al frente del Cuartel General, su acción se hacía sentir por todas partes. A fin de estar más expedito en sus frecuentes viajes de Tacámbaro á Turicato, á Huetamo, á San Antonio de las Huertas, á Carácuaro y á Zitácuaro, para aumentar la fuerza y proveerse de material de guerra, nombró mayor general á un antiguo y ameritado coronel, D. Antonio Arandía, patriota y liberal en la extensión de la palabra. Este jefe permanecía en Tacámbaro para atender á las emergencias de la campaña y á la organización y disciplina de la segunda división. Sus servicios allí fueron importantes.

Entretanto las guerrillas no descansaban. El día 5 de Enero, el contraguerrillero Pureco, procedente de Pátzcuaro, trató de sorprender en Ario á la caballería del teniente coronel Salgado; pero advertido éste, lanzó sobre aquél los cuarenta hombres que mandaba el valiente Nieves Sosa, quien encontró á los imperialistas en el Molinito, cerca de Santa Clara, y los batió, logrando derrotarlos, al grado de que no le quedaron á Pureco más que diez hombres. Fugitivo, encontró en el camino á un desgraciado ranchero, á quien se llevó para fusilarlo como prisionero, lo que en efecto hizo en Santa Clara, con escándalo de aquellos vecinos.

El día 10, la fuerza de Pesquera, jefe de la guarnición imperialista de La Piedad, unida á una tropa de Puruándiro y formando ambas un total de seiscientos hombres, batió la guerrilla de doscientos que mandaban los coroneles Rafael Arias y Rafael Rangel, quienes derrotados tuvieron que retirarse hasta Coeneo.

A Arias le tenían un odio especial los traidores, á causa del prestigio de que disfrutaba en la zona de Coeneo, y á causa también de su valor personal. Sabiendo el prefecto de Pátzcuaro que aquel jefe acababa de ser derrotado, se hizo la ilusión de que podría aniquilarlo fácilmente, á cuyo efecto destacó sobre él un escuadrón de caballería, á las órdenes del

teniente coronel Espinosa. Este y Arias se encontraron el día 19 en la falda del Zirate, rumbo á Coeneo; pero bastó un ligero aunque sangriento combate para que Arias, con cincuenta rancheros, destrozara por completo al enemigo.

Por aquellos días, el comandante Braulio Sánchez logró insurreccionar contra el imperio los pueblos de Yurécuaro, Tanhuato y Ayo el Chico, los dos primeros del distrito de La Piedad (Michoacán), y el tercero de La Barca (Jalisco), logrando poner sobre las armas una guerrilla de cien hombres, á la que se unió la guarnición de traidores (cosa de cincuenta) que había en la hacienda de Buena Vista, propiedad de Velarde (a) Burro de Oro.

D. Antonio Huerta, de quien me ocupé al hablar de Uraga, volvió en esos días á prestar sus servicios á la causa de la libertad, si bien no se le dió el mando de ninguna fuerza, limitándose su cooperación, eficaz y valiosa, á auxiliar con su brazo y sus relaciones á las fuerzas de Ronda, Garnica y Arias.

Recientemente he hecho mención del general José María Pérez Hernández. Era cubano ó guatemalteco, y antes de la campaña había tratado de darse á conocer en México como literato, amante de los estudios serios: se hizo nombrar miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística, y publicó una Estadística general de la República que le dió algún nombre. Repentinamente apareció en Michoacán, á mediados de 1865, presentándose con respetables cartas de recomendación y un despacho que lo acreditaba como general de brigada. Era insinuante, ameno en su conversación y de fácil trato, y logró cautivar con estas prendas al general Arteaga, quien lo nombró jefe de una brigada ligera, compuesta al principio de algunos jefes y oficiales sueltos, y luego hasta de doscientos hombres de tropa. Pérez Hernández, luego que se vió con elementos, se echó á expedicionar. ¿Creerán los lectores que en terreno ocupado por el enemigo? No; en los pueblos de la zona hospitalaria de los republicanos, en donde con una energía inflexible hacía requisición de caballos, pedía la menestra¹ en las tiendas, cogía leva para soltar á los hombres me-

¹ Lo necesario para condimentar el rancho de la tropa.

dante rescate, imponía préstamos forzosos hasta en los ranchos; en suma, ponía en planta aquel refrán de ciertos chinacos de la última clase: "vale más una lanza bien revoleada que toda una pagaduría." Muy pronto, nadie volvió á llamarlo Pérez Hernández: su apellido quedó convertido en el de *Pérez Fisga*. Cuando el fusilamiento del general Arteaga, Pérez Hernández asumió el título de general en jefe del Ejército Republicano, que dimitió humildemente cuando vió que todos reconocían con ese carácter al general Riva Palacio.

El Cuartel General tuvo tantas quejas de aquel jefe, que Riva Palacio le dió orden terminante de que pasara á Jalisco á revolucionar en aquel Estado, que se hallaba por entonces enteramente sometido al imperio. Sus depredaciones, al menos, serían hechas en campo enemigo; pero Pérez Hernández contestó con un candor columbino: "¿cómo quiere vd. que yo entre á Jalisco con solos ciento cincuenta hombres?" No había remedio: el general le mandó que se concentrara á Tacámbaro, y que de no cumplir sería batido irremisiblemente. Pérez Hernández obedeció, y el día 12 llegó á aquella ciudad al frente de la brigada ligera, con un efectivo de doscientos hombres.

El día 18 fué quien primero comunicó al general Riva Palacio, que se hallaba en Huetamo, la noticia de que Méndez, con mil quinientos hombres y cuatro piezas de artillería, había salido de Morelia á Pátzcuaro, ignorándose aún el final objeto de la expedición.

Méndez en efecto había llegado á Pátzcuaro el día 17; el 18 salió rumbo á Taretan, movimiento que lo alejaba de Ario y Tacámbaro; el 19 hizo una marcha retrógrada y se ocultó en la selva; ese mismo día en la noche dividió su brigada en dos columnas, una á sus inmediatas órdenes y la otra á las del coronel Santa Cruz; y en la madrugada, á paso veloz, tomó cada una de ellas la dirección convenida.

Al amanecer del día 20, Méndez cayó sobre Ario sin poder verificar la sorpresa que se había propuesto, pues que Salgado y Ugalde se retiraron en su presencia, y aunque perseguidos por espacio de una legua, llegaron sin novedad á la hacienda del Tejamanil.

Santa Cruz obtuvo mejor éxito. El mayor general Arandia, al recibir la noticia de la aproximación del enemigo, con una actividad asombrosa, hizo salir el material de guerra que se había ido reuniendo en la ciudad; luego dió orden de que la segunda división que estaba allí y la fuerza de Pérez Hernández evacuaran la plaza, y envió al teniente coronel Fernando González para que, con la pequeña partida de su mando, saliera á reconocer al enemigo. Todos obedecieron, con excepción de Pérez Hernández, que detuvo su brigada ligera mientras él, dejando atado su caballo en el pilar de uno de los portales de la plaza, fué á una tienda á recoger dinero que tenía allí depositado.

El convoy y la segunda división se retiraron hacia la cuesta del Toro, con toda calma y sin el menor contratiempo. Algunos jefes y oficiales sueltos que estaban en la plaza salieron también, reuniéndose unos á la fuerza y tomando otros varias direcciones.

Todo esto pasaba en el lapso de un cuarto de hora, pues apenas había salido Fernando González á la orilla de la población, cuando se encontró con Santa Cruz, teniendo que retirarse haciendo un fuego vivísimo, y batiéndose con mucho valor, en medio de una parte de la fuerza contraria que lo perseguía. El resto de la tropa imperialista, sin perder un momento, penetró en Tacámbaro y llegó á la plaza.

Pérez Hernández, con agilidad admirable, corrió hacia donde estaba su caballo, de un brinco se colocó en la silla y metió espuelas y fatigó el chicote: el corcel no respondía á la ansiedad del jinete; azorado, con las orejas erguidas, no hacía más que dar de vueltas al rededor del pilar. Era que Pérez Hernández se había olvidado de desatarlo. Hubo de advertirlo al fin, y entonces se acordó de sacar el sable..... para romper de un tajo el *cabrestante*, y gracias á Dios huyó sin volver el rostro.

Entretanto Santa Cruz había caído sobre la brigada ligera, la acuchillaba á su placer y la ponía en vergonzosa dispersión.

En tales momentos, la otra partida de la fuerza imperialista que había seguido por el camino de Chupio á la partida

que mandaba el teniente coronel González, volvía á la plaza llevando en una camilla á este jefe, acribillado á balazos y con muchas heridas de arma blanca.

Oigamos ahora lo que sobre un episodio de aquella jornada refiere el periódico *La Municipalidad*:

“Como las guerrillas de traidores usaban blusas encarnadas y daban el grito de “libertad,” al regresar á Tacámbaro, el teniente coronel Solache y el comandante Espiridión Espinosa, con sus asistentes y dos soldados belgas que se escaparon en unas sinuosidades del camino junto á la alberca, se encontraron con una fuerza enemiga (la contraguerrilla) y le gritaron preguntándole por los traidores; éstos les contestaron que se habían retirado, llamándolos con instancia; los patriotas cedieron por equivocación, y entregados de buena fe, fueron conducidos á Tacámbaro en calidad de prisioneros.

“Santa Cruz, que había servido á la República en las fuerzas de Guanajuato, á las órdenes del general Manuel Doblado, luego que vió á Solache, de quien había sido compañero de armas, lo abrazó, lo llevó á su alojamiento tratándolo amigable y familiarmente, disponiendo que los demás prisioneros fueran puestos en la cárcel.

“En la tarde se pasearon del brazo, y en la noche, después de cenar, dijo el jefe traidor á Solache: “Ya es tiempo de que te recojas y te dispongas á pasar á la otra vida, porque al amanecer y al emprender mi marcha has de quedar fusilado en unión de tus compañeros. Llamó á un ayudante y cuatro dragones y lo condujeron á la cárcel.”

Haré á lo dicho por *La Municipalidad* pequeñas rectificaciones, quedando en pie lo demás, que es enteramente exacto.

No fué en la noche cuando Santa Cruz envió á la cárcel á Solache, sino que en la tarde misma se dirigió con él á donde estaban los demás prisioneros, que eran quince. Mandó formar á éstos é interpeló á Solache para que le dijera quiénes de entre ellos eran oficiales.

—Yo no soy delator, contestó Vicente Solache; si hay algún oficial y quiere hacerlo, que dé un paso al frente.

El teniente Espinosa y otro cuyo nombre no recuerdo dieron el paso al frente, y entonces Santa Cruz los mandó en-

capillar, juntamente con Solache, Fernando González y los dos soldados belgas.

Tan luego como circuló en Tacámbaro la noticia de esta terrible disposición de Santa Cruz, Doña Petra Hinojosa de Gutiérrez, acompañada de otras señoras, fué al alojamiento del jefe imperialista á pedirle la vida de los prisioneros: aquel hombre estuvo inflexible y sólo concedió exceptuar del suplicio al teniente coronel Fernando González, porque se le demostró, con la opinión de dos médicos, que estaba moribundo, siendo casi seguro que no duraría con vida ni veinticuatro horas. Y sin embargo, esta gracia se otorgó condicionalmente, pues Santa Cruz, dirigiéndose á la Sra. de Gutiérrez, le dijo:

—Le entrego á vd. el preso; pero dentro de ocho días, ó me lo devuelve vd., ó me envía el certificado de su defunción.

Petrita aceptó el convenio y á los ocho días envió al coronel imperialista un certificado apócrifo de defunción del herido, quien con mucho sigilo había sido transportado de Tacámbaro á Huetamo, en donde se hallaba en vía de alivio.

En cuanto á Solache y sus cuatro compañeros de desgracia, salieron de la capilla á las seis de la mañana del día siguiente, y, firmes y serenos, se dirigieron al cadalso. Allí hubo un incidente: uno de los dos soldados belgas se quitó la blusa encarnada que era parte de su uniforme y comenzó á desgarrarla.

—¿Para qué hace vd. eso? le dijo el oficial que mandaba el cuadro.

—Para que después de mi muerte no se la ponga ningún traidor, contestó el belga.

Un minuto después yacían en el suelo los cadáveres de aquellos cinco mártires de la libertad.

Santa Cruz se dirigió en seguida á Ario á reunirse á Méndez, quien mandó que en el acto se fusilara á los otros nueve prisioneros cogidos en Tacámbaro.

Quisiera, para escribir las líneas que siguen, recoger uno á uno, frescos, con el perfume de la gratitud, los recuerdos que

se guardan en la urna de mi memoria. Voy á hablar de algunas señoras que, como Petrita Hinojosa, eran nuestros ángeles guardianes en aquellos días aciagos de la campaña.

Comenzaré por ella misma. Petrita era esposa del patriota D. Antonio Gutiérrez, uno de los vecinos más ricos de la población. Su casa era nuestra casa, y en ella encontrábamos, no sólo asilo y bienestar, sino corazones francos y cariñosos, alivio en nuestras enfermedades, consuelo en nuestras horas de tristeza. ¡Con qué solicitud nos trataba aquella noble señora, que nos amaba y nos atendía como si hubiese sido nuestra hermana! ¡Con qué oportunidad nos transmitía avisos para evitarnos caer en el peligro!

Petrita se esmeraba con nosotros; pero sus grandes virtudes, entre las que descollaba la caridad, la conducían á socorrer y ayudar en la desgracia á los soldados del enemigo, tanto como á nosotros mismos.

Era de carácter prudente y moderadísima sus maneras, de suerte que inspiraba respeto y cariño á todos, liberales é imperialistas, y en ambos campos tenía amigos sinceros que se afanaban por servirla.

Quando la toma de Tacámbaro, el 11 de Abril, Petrita recogió á los belgas que, bajo su palabra de honor, se quedaron en aquella ciudad por estar heridos, los curó por sus propias manos y les dió cuanto necesitaban. Habiendo llegado á noticia de Maximiliano y de Carlota tan generoso proceder, la archiduquesa le envió una carta autógrafa, dándole las gracias, y el archiduque le otorgó una medalla de mérito civil. Ignoro si la Sra. de Gutiérrez contestaría la carta, pero de acuerdo con nuestros jefes, aceptó aquel testimonio que acreditaba sus virtudes.

A la altura de Petrita colocaré, con un recuerdo de especial cariño, el nombre de la Sra. Antonia Padilla de Magaña. También vivía en Tacámbaro con su esposo el Sr. D. Marcelino Magaña, y ambos dirigían los trabajos de su finca de campo "La Joya," situada en las inmediaciones. Antoñita tiene las mismas virtudes que Petrita; pero su carácter era distinto, y mayor su entusiasmo por la causa nacional: así es que no aceptaba relación alguna con los traidores, y era vale-

rosa, no sólo en manifestar sus opiniones políticas, sino en trabajar abiertamente, enviando correos con noticias de los movimientos del enemigo, y haciendo en pro de la causa liberal la propaganda más activa y eficaz.

Para ayudar á una y otra estaba lista Nacha Muñiz, siempre alegre y festiva, siempre atenta á saber las necesidades de los chinacos para avisarlo á sus amigas á fin de que ocurriesen á aliviarlas. Aquella muchacha entusiasta era nieta de Muñiz, soldado de Morelos, que sostuvo tanto tiempo el fuego de la libertad en el Sur de Michoacán.

Y así como en Tacámbaro, en las demás poblaciones en donde con frecuencia residíamos, y aun en las que estaban ocupadas por el imperio, había señoras y señoritas que tomaban parte activa en nuestro favor, exponiendo muchas veces su vida en aras de sus opiniones. No hago una lista de todas porque he olvidado muchísimos nombres. Por eso me he limitado á expresar los de las señoras de Gutiérrez y de Magaña y á la Srta. Muñiz.

Agregaré tan sólo á esta pequeña lista los de las Sras. Piedad Rodríguez y Merced Bravo de Díaz, y se me perdonará que á su lado mencione el de una hermana mía, Librada, muerta hace ya muchos años. Estas tres últimas eran en Uruapan lo que aquéllas en Tacámbaro. En todas las poblaciones había señoras y señoritas que se distinguían por su patriotismo práctico, pues no se limitaban á expresar sus opiniones, sino que prestaban servicios de importancia á la causa. Nada extraño era que las esposas ó hijas de nuestros generales se portasen de esta manera, distinguiéndose entre ellas la Sra. Rosario Solorio, esposa del general D. Epitacio Huerta, y María Martínez, la heroica compañera del coronel Ronda, sino que también, y lo consigno con mucho gusto, en la clase del pueblo las mujeres é hijas de los artesanos, de los jornaleros, de los habitantes de los ranchos, todas mostraban sus simpatías por los chinacos y odiaban cordialmente á los traidores, y firmes y constantes en estos sentimientos, hacían participar de ellos á sus padres, esposos y hermanos. Era el pueblo que instintivamente se identificaba con su propia causa.

El general Riva Palacio, que maduraba ya un nuevo plan de campaña, había permanecido en Turicato hasta mediados del mes de Enero: de allí fuimos á Huetamo con el doble objeto de inspeccionar los trabajos de construcción del parque, y del muy importante de poner en campaña á las fuerzas de aquel departamento.

Los hombres de Huetamo son valientes, disciplinados, sobrios; pero habituados á vivir en aquel clima, el más cálido de Michoacán, temen mucho salir á tierra fría, y la tierra fría es para ellos el clima más que templado de Tacámbaro: así es que mientras nosotros sudábamos á chorros en Chupio, en la Loma ó en los puntos inmediatos, los *pintos* tiritaban de frío, y á las diez de la mañana los veíamos rodeados á las fogatas para poder calentarse. En su país pelean, cuando se ofrece, sin descanso y sin fatiga, pero en el interior, si no temen al enemigo, el frío los espanta y los enferma. Esta fué la causa por que, durante la guerra, ninguno de los generales había logrado hacerlos expedicionar. Su jefe, D. Leonardo Valdés, había puesto el departamento en pie de guerra, velaba por que se hiciera efectiva la recaudación de los impuestos á fin de ocurrir á las necesidades del ejército; ejercía una activa vigilancia en los trabajos de la maestranza y, en suma, estaba en todo lo que podía ser útil á nuestras tropas. Huetamo fué por mucho tiempo un punto hospitalario para nosotros, hasta el día en que..... pero dejaré para su lugar oportuno lo que iba á decir.

Huetamo es acaso uno de los más antiguos pueblos de Michoacán, fundado por los primitivos inmigrantes purépecha (los tarascos), y el más populoso y rico de aquel valle en que ostentan sus productos, las entrañas de la tierra en metales preciosos y el fértil suelo con sus opíparas cosechas. En la prehistoria perteneció al poderoso reino de Coyucan, uno de los tributarios de *Caltzontzin*; durante la época colonial formó parte de la jurisdicción de Guayámeo, cuya cabecera principal era el pueblo de Zirándaro, y consumada la independencia, fué el centro del partido, tanto por su importancia mercantil como por los servicios que sus habitantes habían prestado en la guerra de insurrección. Hoy es también cabecera del importante distrito de su nombre.